

EL DEFENSOR DEL OBRERO

SAN JOSE

Como se distinguió el Egipto por sus sabios, Grecia por sus filósofos y Roma por sus jurisconsultos, descolló el pueblo judío por sus patriarcas.

Con amplias vestiduras, con luenga barba, con los cabellos largos y plateados, con el cayado en la mano para apacentar sus ganados, esperando el día en que el lobo y el cordero pacerán juntos y un pequeñuelo los pastoreará, sentado a la puerta de su tienda, rodeado de sus hijos y de sus nietos, el Patriarca biblico, tiene fisonomía propia, que no ha podido ser copiada por ningún pueblo.

El tiene visiones de Profeta, y con sus contemporáneos, forma el Consejo de los Ancianos, que se congrega a la puerta de la Sinagoga, y que con equidad y bondad administra justicia, esa justicia que se ha llamado en la Historia, justicia patriarcal.

Llenos de fe, Abraham se halla dispuesto a sacrificar a su propio hijo en el Monte Moria, por creer así cumplimentar la voluntad de Dios; Isaac le concede la primogenitura a Jacob en vez de hacerlo a Esau y lo que él bendiga será bendito, y lo que maldiga, maldito será, y Jacob engendra a los Padres de las doce tribus de Israel.

Pero entre todos esos Patriarcas, cuyas generaciones se multiplicarían como las estrellas del cielo y las arenas del mar, ninguno tan grande como aquel descendiente de la real estirpe de David, que habría de florecerle su vara en el templo, para ser esposo de María de Nazaret. Grande tenía que ser el glorioso Patriarca San José, para merecer el honor de ser Padre adoptivo de Cristo, y esposo de la Virgen Bendita, que el sol viste con sus rayos, que la luna calza con su disco y que las estrellas del cielo coronan.

Gerseon, el piadoso Gerseon le consagró los frutos de su ingenio, y nuestra Santa Teresa de Jesús, le recomendaba a las Monjas en sus inimitables cartas, que se encomendaran al Patriarca en todos sus apuros y necesidades.

Entre nuestros literatos se dis-

tinguió por su devoción al Santo, el maestro Valdivieso, y nuestros poetas le han dedicado, coplas, gozos y villancicos.

«Itē ad Joseph» se decía en el pueblo egipcio, cuando el hijo de Jacob era ministro universal del reino del Nilo, de las Palmeras y de las Pirámides, cuando había que demandar gracias y mercedes de los Faraones, «id a José» se nos dice, cuando tenemos que pedir misericordia y protección al Cielo, en nuestras plegarias y en nuestras oraciones.

JOSÉ RUIZ DE AHUMADA

Los diez mandamientos de la esposa

SEGÚN CARMEN SYLVA
REINA de RUMANIA

1.º No originarás la primera disputa; pero, si es inevitable, lucha con valor. Salir victoriosa de la primera riña doméstica puede equivaler a elevarte en la opinión de tu marido en lo futuro.

2.º No olvidarás que te has casado con un hombre y no con un dios. Por lo tanto no te sorprendan sus fragilidades.

3.º No hables siempre de dineros a tu marido. Procura más bien arreglarte con lo que él te dé.

4.º Si crees que tu marido carece de corazón, recuerda que tiene un estómago. Apelando persistentemente a su estómago con manjares bien condimentados te será, al cabo, más fácil tocarle al corazón.

5.º Una vez, de cuando en cuando, pero no muy a menudo le dejarás la última palabra. Esto le lisonjeará y no te hará ningún daño.

6.º Los periódicos los leerás por entero, sin limitarte a las historias de sociedad y de escándalos. Tu marido se sorprenderá agradablemente al ver que puedes hablar contigo de asuntos generales y hasta de política.

7.º No serás descoartés aunque regañes con tu esposo. No olvides que en algunas ocasiones lo creiste poco menos que un semidios.

8.º De vez en cuando permitirás que tu marido vea que sabe algo más que tú, reconociendo

que no eres completamente infalible.

9.º Si tu esposo es inteligente, serás su amiga; si no lo es, serás a un tiempo amiga y consejera.

10.º Estimarás a los parientes de tu marido, y especialmente a su madre. Ten presente que ella le ama mucho antes que tú.

¡A SAN JOSE!

Si quieres resolver el gran problema de dulzorar el pecho en toda hiel y en paz vivir, en gracia y alegría, acude a San José.

Si amante del progreso en las virtudes, reportar mil victorias de Luzbel en toda tu ambición, y hacerte justo, acude a San José

En tus vacilaciones y contrastes ¿quieres hallar firmísimo sostén? apóyate en su vara flacida, acude a San José

¿Te afligen los desastres de la patria y de la Iglesia el luego padecer? El es Patrón de España y de la Iglesia, acude a San José.

Cuando en las negras noches de la vida, busque árbol de plata y rosicler en Jesús y María para hallarle, acude a San José

¿Temes la muerte? ¿horror te da su horror? ¿temes la cuenta del Supremo Juez? El es patrono de la santa muerte... acude a San José

Si guiar entre escollos y tormentas al puerto de la gloria tu bajel es tu sueño dorado, ten confianza... acude a San José!

JULIAN DE MENA

Estudios Sociales

EL COMPAÑERISMO

Hubo un tiempo en que los pueblos al ver que un día y otro los bandoleros desvalijaban a los caminantes y que ninguna persona honrada podía recorrer un camino sin que corriera riesgo su bolsa y su vida, tuvieron que pensar en el modo de librarse de aquellos hombres, reyes de los campos y terror de los hombres honrados.

Los gobiernos de la nación, dándose cuenta del mal que implicaba la existencia de aquellos facinerosos, pensaron en extinguirlos y aun ahora se recuerdan con respeto los nombres de las personas que se distinguieron por su celo y su entereza en acabar con aquella lacra social.

En los pueblos civilizados, los ciudadanos ya tienen que temer

poco o nada de los bandoleros porque ya no existen; en España por ejemplo gracias a la Guardia civil, en otros pueblos, en virtud de instituciones similares.

Pero si ya no existe el mal del bandolerismo, en cambio se ha presentado en los pueblos que se precian de cultos otra plaga social, que no los reporta menores males y de la cual es más difícil librarse: la plaga del *compañerismo*.

Nada más hermoso que entre los hombres de una misma profesión reine la mayor armonía y que se ayuden y se apoyen mutuamente para desempeñar con más acierto y más gusto su misión.

Así, el sacerdote que al ver a su compañero afligido por una necesidad material corre en su auxilio con su óbolo, o en presencia de un caso grave le ilustra con las enseñanzas que aprendió, en libros que no estuvieron al alcance del primero, o en una más dilatada experiencia, realiza un acto de *compañerismo* del cual todos salen ganando, quien recibe el auxilio, quien lo presta y el individuo o el pueblo que esperaba la resolución de su párroco.

El médico que ve a otro médico apenado porque no acierta a conocer la enfermedad de su cliente, o porque no da con el remedio, y, con amabilidad, sin humillarle y espontáneamente lo saca de dudas, realiza un acto de *compañerismo*, del cual todos absolutamente todos los hombres tienen que alegrarse, porque de *compañerismo* semejante sólo bienes pueden seguirse a los individuos y a los pueblos.

Pero cuando el *compañerismo* se reduce a aprobar y confirmar lo que ha hecho el compañero, esto es, cuando los intereses de la sociedad y de la justicia se posponen a los intereses personales del compañero, y se apela al *compañerismo*, no para corregir errores y remediar necesidades sino para ocultarlos y agrandarlos entonces el *compañerismo* no es para la sociedad provechoso, sino un peligro del cual se le siguen los mayores daños y necesita tenerse de él, condenado y procurar acabar con los que de ese modo lo entienden.